

aquel terreno toda suerte de granos, y muy especialmente el trigo, la cebada, el sésamo y el maíz en considerable abundancia, mientras que la palmera de dátiles, desde muy antiguo existente allí (1), satisfacía todas las demás necesidades (2). Esta palmera y el junco, que suele alcanzar la altura del hombre, son las únicas plantas de abolengo allí, si bien el último, como propio de terreno pantanoso, es el que abunda hoy, siendo relativamente mucho más rara la palmera. Tierras de pasto agostadas y sobre todo lodazales ó pantanos cubiertos de juncos, con alguna solitaria colina de ruinas, á menudo durante medio año bajo el agua, y algun antiguo lecho de canal vacío ó lleno de lodo; tal es el cuadro que actualmente ofrece aquel antiguo centro de floreciente cultura al viajero que lo visita. Loftus describe con frases sumamente gráficas y expresivas este triste aspecto, al reseñar las extensas ruinas del antiguo Erech (hoy Warka), existentes en el trozo de terreno que se extiende á 30 millas al Sur de Hilla, en una anchura de cinco leguas y al cual no alcanzan las inundaciones. Creemos por tanto hacer una cosa agradable á nuestros lectores dando aquí la traducción de todo el pasaje (3): «La devastación y desolación de Warka impresionan aun más que el cuadro que presenta Babilonia. Allí no hay vida alguna en un contorno de varias leguas. Ningun río se desliza majestuosamente al pie de sus colinas, ni florecen verdes bosques de palmeras junto á sus ruinas. El chacal y la hiena huyen ante el triste aspecto de sus sepulcros. Jamás se cierne la reina de las aves sobre aquellos yermos y soledades. Ni una mata de yerba, ni un insecto pueden existir allí. Solo rugosos líquenes, que trepan por la desgastada superficie de los pedruzcos de ladrillo, parecen gozar del indisputado dominio de las descarnadas ruinas. La desolación de Warka supera á cuanto he visto en este género. Ciertamente que se destacan acá y allá, en formas elevadas é imponentes, las masas de tierra, arena y cascos de barro cocido que existen en aquellos alrededores; mas en esos montones de rotos ladrillos y escombros no se descubre ya forma ni plan alguno, y solo sirven para grabar en nuestro espíritu con mayor relieve la imagen de la total destrucción y del completo abandono de que fué víctima la ciudad. Apenas se ha conservado el nombre del sitio que ocupaba, y muy poco es lo que sabemos con certeza de su antigua historia. Nínive, Babel y Susa tienen sus tradiciones propias y particulares, mas la antigua Warka se ha extinguido y está olvidada cual si jamás hubiese existido.» Y más adelante dice: «Derruido esplendor y no interrumpida soledad constituyen el carácter de este lugar de ruinas. Los árabes,

(1) Ya en los conjuros de la Babilonia meridional, redactados en lengua sumérica, aparece el árbol sagrado *ukin* (primitivamente *gin*, de igual raíz que *gin*, «caña», de *gin*, «estar derecho»); los babilonios del Norte (acadios) decían en vez de *gish-ukin* (esto es, árbol *ukin*) *mush-ukin*, de donde proviene el nombre babilónico-asirio para la palmera de dátiles, *nusukannu* (luego transformado también, por etimología popular, en *mismakannu*, ó sea árbol de Magan, esto es, de la Babilonia del Sudoeste). Los demás semitas llamaron á este árbol *tamaru*, esto es «el que descuella» (en hebreo *tamar*, etíope *tamari*; arameo *tamrā*, de *tamar* + *ā*); de los arameos parece que tomaron los árabes su *tamr* (dátil), otra prueba más, á mi modo de ver, de que la Arabia no fué la primitiva patria de los semitas.

(2) Véase además del pasaje de Herodoto tan frecuentemente citado, el de Estrabon, 16, 1, § 14: «El país produce cebada como ningún otro; dicese que el tréscientos por uno. A las demás necesidades satisface la palmera de dátiles, pues de ella se obtienen pan, vino, vinagre, harina, miel y toda clase de tejidos trenzados. Además los herreros emplean en vez de carbon los huesos del fruto, los cuales reblandecidos por la humedad sirven también para cebar bueyes y ovejas. Como aceite emplean el del sésamo.» Véase asimismo lo que dice J. Rawlinson en su ya citada obra, tomo I, pág. 35.

(3) William Kennet Loftus: *Travels and Researches in Chaldaea and Susiana*, Lóndres, 1857, págs. 163 y 164. Véase también Kaulen: *Asiria y Babilonia*, 3.ª edición, 1885, págs. 87 y 88.

á excepción de una sola tribu que á veces vaga por allí, se apartan de un sitio considerado como la morada de espíritus malignos, y nadie se atrevería á pasar una noche en tan horrenda vecindad.» Por otra parte, la descripción titulada: *Tierras del Eufrates al Sur de Babilonia*, que hace Kaulen en su «Asiria y Babilonia» (3.ª edición, pág. 11), nos da una idea aproximada del tético desierto de agua que con sus dilatados pantanos constituye los demás trozos de aquellas comarcas.

Sin embargo, aun hoy se convertiría otra vez todo aquel terreno pantanoso en lozana huerta y hasta, como en tiempo de los persas y en la época de los califas, en granero del Asia, si un gobierno enérgico emprendiera resueltamente la construcción de canales y diques. Cuando los primeros colonizadores llegaron á la Caldea no debía de tener ésta aspecto muy distinto del que hoy ofrece, exceptuando naturalmente las informes masas de ruinas y los vestigios de antiguos canales. El costoso establecimiento de toda una red de canales y fosos, que exigía mucho tiempo y perseverancia, pero que también lo recompensaba todo hasta el dúpulo, fué la vara mágica que creó verdadera tierra del primitivo caos de agua (4). Que aun hoy el terreno conserva igual fertilidad que en otros tiempos, lo demuestran los pocos trechos (casi todos en la inmediata proximidad de las poblaciones más importantes, como Hilla y otras) que están cultivados (5). Si una potencia europea emprendiera allí la colonización en grande escala, no hay duda de que la arqueología sería la primera beneficiada con ello, pues que excavaciones practicadas sistemáticamente en todo aquel territorio producirían incalculable botín; pero no es menos cierto que bajo el punto de vista económico, la actividad y las sumas así invertidas producirían también muy pronto cuantioso lucro. Aunque las actuales condiciones climatológicas, que ciertamente no pueden ser peores, podrían exigir al principio algun costoso sacrificio de vidas humanas, no tardarían mucho en mejorar radicalmente con una acertada distribución de las aguas y una nueva vegetación que cubriría aquellos lugares; pues en la antigüedad y aun en tiempo del califato de Bagdad, el país era muy sano, á pesar de los fuertes calores estivales. Por otra parte, las indómitas tribus beduinas se sujetarían á cierta disciplina bajo la acción de una potencia civilizada; se les podrían conceder pequeños territorios para sus pastos, y acaso las más dóciles llegarían á ser de utilidad para la grande obra de civilización, mientras que las más recalcitrantes, cediendo ante el mayor número, se retirarían por sí mismas al desierto arábigo, de donde proceden. Estos por ahora no son más que sueños; pero cuanto más á menudo se demuestre la practicabilidad y se insista en la importancia de semejante empresa, más fácil será que se fije la atención de preeminentes hombres de Estado en el *Irak al-Arabi* (así se llama hoy la respectiva provincia turca), mayormente en una época como la presente, en que se manifiesta bastante interés por tales ideas (6).

(4) Es seguramente un recuerdo de las primitivas condiciones del suelo caldeo el que se refleja en la mitología sumérica al colocar en el principio de las cosas las aguas originales ó Caos (*Ba'u*, en hebreo Bohu); la cosmogonía norte-babilónica desarrolló y hermoseó luego este concepto.

(5) Véanse los testimonios de viajeros más modernos (Rich, Loftus y Chesney) que aduce sobre el particular J. Rawlinson, en su ya citada obra, tomo I, pág. 32.

(6) Basta que hagamos memoria de las sumas de dinero y actividad consumidas durante las últimas décadas en las investigaciones africanas, sin que allí se nos brinden resultados tan positivos como en el territorio á que nos referimos en nuestro texto. Dejando desde luego á la Turquía en posesión de Bagdad, seguramente se hallaría medio, sin tener que apelar á la guerra, para decidirla á renunciar á un territorio cuyo verdadero valor le es desconocido, del cual apenas obtiene tributo alguno y que en su actual estado no puede suministrarle tampoco productos agrícolas de alguna importancia.

Antes de pasar á la reseña de los lugares de ruinas de la antigua Babilonia, y como apéndice á lo que acabamos de exponer acerca de la vegetación (1), echaremos una rápida ojeada sobre los productos del reino mineral y animal.

Dadas las condiciones del terreno, ya se puede suponer que la antigua Babilonia no poseía en general verdaderas riquezas minerales. El barro extraído del suelo pantanoso de los trechos por cultivar, secado al sol ó cocido al fuego, proporcionaba excelente material de construcción. El asfalto que suministraban los muchos manantiales de nafta (sumérico *gir*, *igir*; neo-sum. *ishir*, y semít. *kupru é iddu*), servía para mortero (2), como también la paja, según lo indica ya su nombre (sum. *garash*, de *gar*, fabricar, construir; babilónico *ibnu*, de *banu*, edificar). Cuando se requiera piedra arenisca ú otras especies más fuertes, como el basalto, el pórfido y la diorita (las dos últimas para estatuas), eran traídas desde los territorios fronterizos por el Eufrates y sus canales. Así sabemos con certeza que la diorita para las estatuas de Gudea (aproximadamente 3100 antes de J.C.) fué conducida en barcos á Sirgulla desde Magan, ó sea la faja de territorio sud-babilónico que se encuentra entre el desierto arábigo y el Eufrates; y en efecto, en las alturas que allí lindan con el desierto se hallan varias especies de piedra dura (3); de manera que no hay necesidad alguna de apelar con este motivo, como hace Oppert, á la muy posterior transmisión del nombre de Magan á la península del Sinaí. Por igual modo se importarían también el alabastro y el mármol, como asimismo los metales conocidos de los antiguos babilonios: el oro, la plata, el cobre, el estaño, el hierro y el plomo. Del oro (sum. *gush-gin*, según pronunciación posterior *gush din*, *vuldin*, turcomogol *altun*, *altyn*) se dice precisamente en las inscripciones de Gudea que venía á Sirgulla de la tierra de Miluch, distrito fronterizo de la Babilonia septentrional (4), y en el Génesis, 2, 11 y 12, se cita como país rico en oro y piedras preciosas á Havila (Hevilath), que en aquel pasaje corresponde con bastante exactitud al ya mencionado Magan. De la plata (sum. *gu-babbar* y también solo *gu*, que después se pronunció *ku*, en turco *gü müsh*) se hace mención menos frecuente, y más rara aun (en los últimos textos ni una sola vez) del hierro y del plomo. Por lo que respecta al bronce, es de sumo interés un antiguo conjuro sumérico, ó invocación al fuego, á causa de la alusión que en él se hace á la mezcla que compone dicho metal (sum. *sabar*; babilónico-asirio *siparru*), por lo cual reproducimos aquí su traducción, con tanto más motivo, cuanto que no siempre se ha hecho ésta con la debida exactitud:

«Fuego, héroe excelso en la tierra
Valiente, hijo del abismo de las aguas, en la tierra excelso
Fuego, tu clara y brillante llama
Hace luz en la casa de la oscuridad.
De todo lo que lleva nombre decide él la suerte.
Del cobre (y) del estaño tú eres el fundidor,

(1) Además de las plantas y árboles ya mencionados, sabemos de varios otros por la más antigua literatura del país, pero que en su mayor parte no podemos fácilmente determinar; se hace sobre todo mención de una especie de hoja puntiaguda como el pino, llamada en sumero *irin* y en babilónico-asirio *irinu*, *irnu* (¿cedro?).

(2) Los más famosos de estos manantiales, que suministraban nafta y sulfato, separadamente, en igual abundancia, estaban situados cerca de Hit, ó sea en la frontera Norte de la Babilonia. Véase J. Rawlinson en su ya citada obra, tomo I, pág. 39.

(3) Véase la tan citada obra de Rawlinson, tomo I, págs. 25 y 38, como también las observaciones de Perrot, reproducidas en mi libro: *Semitas*, tomo I, págs. 459 y 460.

(4) Inscripción de Gudea B, col. 6: *gushgin dagharrüba kur Milug-ghüta imdadüdu*: «Oro, su polvo (esto es, polvo de oro), ha traído él de la tierra de Miluch.»

Del oro (y) de la plata tú eres el purificador,
De la diosa *Ninkasi* tú eres el compañero,
Tú haces volver de noche el pecho del enemigo.
¡Del hombre, hijo de su dios, sea puro el cuerpo!
¡Como el cielo resplandezca él!
¡Como la tierra brille él!
¡Como el centro del cielo alumbré él!
¡Que el conjuro enemigo caiga á un lado desviándose de él!»

La palabra sumérica para el cobre, *urud* (derivada del verbo *ruš*), pasó también á los idiomas uralianos, mas con la significación de hierro (*rauta*, mientras que *rauda* es otra manera de expresar el cobre, propia, á lo que parece, de las más primitivas épocas indo-germánicas) (5). El estaño se llama en lengua sumera *anna* (con cuya palabra parece está relacionada la húngara *bn*), escribiéndose también *anag*, procediendo de esta forma más lata la babilónico-asirio *anáku*. Este metal parece que se beneficiaba en un punto por ahora todavía desconocido para nosotros, en las cercanías de Babilonia (acaso en las montañas medo-elamitas), siendo hipótesis de todo punto inverosímil, dadas las condiciones y circunstancias de la época, que procediera el estaño de la Bretaña por mediación de los fenicios.

En cuanto á la fauna, poseemos en gran número reproducciones auténticas de los más diversos animales en los monumentos cuneiformes; pero como en su mayor parte proceden de los bajos relieves de los palacios asirios, poco nos pueden servir como ilustración del reino animal babilónico. Igual observación es aplicable á los animales que se citan en las inscripciones reales asirias; así, por ejemplo, si sabiendo, como sabemos, que Teglatfalasar I (aproximadamente 1100 antes de J.C.) iba todavía á la caza del elefante, cometeríamos grave error colocando á este animal entre la más antigua fauna de las tierras del Eufrates y del Tigris, pues con certeza solo está demostrada su existencia, desde el segundo milenario precristiano hasta nuestros días, en la parte de la Mesopotamia limítrofe de Asiria (6). Tan solo pueden servir para nuestro objeto, si hemos de proceder con alguna seguridad, los animales de que se hace mención en la antigua literatura babilónica. Desgraciadamente son muy raras las reproducciones de animales de la primera época de Babilonia, y solo cuando puede admitirse desde luego, como en el caso de los toros bravíos, que la especie babilónica no se diferenciaba, ó á lo menos difería muy poco, de la que existía en la Asiria ó en los territorios vecinos, me he permitido valerme de reproducciones asirias para la ilustración gráfica.

De las fieras era el león (sum. *nug-magh*, esto es, «perro grande»; bab.-asirio, *lišhu*) el huésped más frecuente de los territorios fronterizos arábigo-babilónicos (7); después, cuando hubo desaparecido la cultura caldea, se fué aclimatando cada vez más, saliendo del desierto, en los pantanos que sustituyeron á la antigua tierra de cultivo y que le ofrecían excelentes guaridas. Para los sumeros debió de ser desconocido el león antes de la inmigración sumérica en la Caldea, como lo demuestra que no tuvieron nombre propio para él, y lo mismo se puede decir del leopardo (bab.-asirio, *nimru*) y del chacal (*barbaru*, *achü*). Además del zorro (sum. *lulla*,

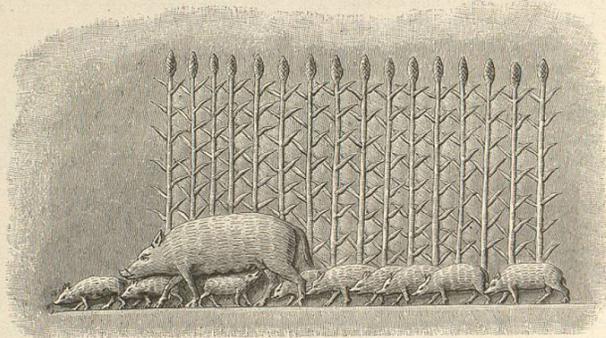
(5) Otto Schrader: *Comparación de los idiomas é historia de los tiempos primitivos*, Jena, 1883, pág. 271. Es de advertir asimismo que al igual del jeroglífico egipcio expresivo de *chomt*, «cobre» (Lepsius: «Los metales en las inscripciones egipcias», en las actas de la Academia de Berlín, 1871, pág. 91), también el ideograma sumérico para *urud* era primitivamente la figura de un crisol.

(6) En mi obra *Semitas*, tomo I, pág. 156, ya hice referencia al relato egipcio, según el cual Tutmosis III (como 1600 años de J.C.) había cazado elefantes cerca de la ciudad mesopotámica Nii.

(7) En una página anterior dimos ya la reproducción antiguo-babilónica del león.

luya; bab.-asirio *shélibu*) y del jabalí (bab.-asirio *chumsíru*) (?), debemos hacer mención especial del toro bravo (sum. *am*, el pequeño *amar*; bab.-asirio *rimu*, el pequeño *bíru*), que seguramente pertenecía más a los montes fronterizos del Este, pero que es citado con frecuencia y debió de abundar también en otro tiempo más hacia el Norte, en las montañas asirias.

Vienen luego las varias especies de gacelas, antílopes y cabras monteses, que según las inscripciones se conocieron en Babilonia y que no creemos necesario enumerar aquí detalladamente. El caballo parece igualmente que solo existió en estado bravo en los tiempos más antiguos y, como lo demuestra su nombre (sum. «asno del Este ó de la montaña»; bab.-asirio, *sísú*, palabra que tiene también carácter exótico) sumérico, al Este del Tigris en las faldas de los montes



Jabalina con sus pequeñuelos (1).

keci, *kec-ki*, *ec-ki*), el asno (sum. *anshu*, *anshi* = mogol *elsigen*; turco *eshe k*) y el perro (*nug*, más tarde *lig*; mogol *nochoi*) (2). Parece que fueron los semitas los primeros que introdujeron el caballo en el país, si bien no como directa adquisición suya; en la epopeya babilónico-antigua, que es de redacción semita, aparece ya aquel animal empleado en la guerra. Si es inverosímil y hasta imposible la derivación de las palabras árabe y hebrea *faraz* y *parash*, «caballo» (esto es, «el que rompe á correr»), del nombre del país, Persia, en cambio adquiere bastante probabilidad la supuesta derivación, á que ya hemos aludido, del bab.-asirio *sísú* (hebreo *sús*; arameo *susya*) de Susa, dándole así el significado de «el uso», sobre todo en vista del apéndice de derivación que marcadamente resalta así en la palabra babilónica como en la aramea. Así parece confirmarlo también por la circunstancia de que precisamente la epopeya babilónico-antigua arranca de la conquista elamita (como 2300 años antes de J.C.) y que los sumeros llamaban á este animal, que aun les era bastante exótico, «asno de la montaña» (ó sea «asno del Este», expresando ambos conceptos el nombre *anshu-kurra*). Las aves domésticas (expresión que aplicamos á todas las mansas) de que se hace más frecuente mención son la paloma, la golondrina y el cuervo; los gansos y patos mansos y hasta las gallinas parece que no fueron conocidos en Babilonia, ni en el Asia anterior en general, antes de la época persa. El ánade que se ve en las pesas asirias solo puede hacer alusión á la

(1) La figura es asiria, pues que procede de Kuyundshik; pero como lo hace suponer el pantano cubierto de cañas del fondo, parece haberse querido dar colorido sud-babilónico al cuadro.

(2) Véase anteriormente la reproducción de una figura de perro babilónico-antigua.

elamitas; así lo indica además la única mención que de este animal hemos hallado hasta ahora en los conjuros ó fórmulas mágicas de los antiguos sumeros, en uno de los cuales, hablando de los demonios ó espíritus, se dice: «crecían como el caballo (literalmente «asno del monte») en la montaña.» Por lo que hace á las aves de rapiña, especialmente los buitres, nos concretaremos á referirnos á la antiquísima representación gráfica que, reproducida en gran tamaño, damos á nuestros lectores en lámina separada y que, según la mayor probabilidad, corresponde á fines ó mediados del quinto milenario cristiano.

Entre los animales domésticos figuraban en primer lugar el buey (sum. *gud*, *vud*; turco *úd*), la oveja (sum. *gug*, *ugug*, de los que procede *udu* y *idib*; turco *koy*, *koyun*, de ahí el nombre Kuyundshik), la cabra (sum. *gaz*; neo sum. *uz*; turco

bravía (3), mientras que el pequeño cilindro que tanto se ha reproducido en grabado y que representa á un sacerdote y un gallo doméstico, pertenece seguramente al período persa. Pondremos término á esta breve reseña indicando que en la fauna babilónica no existía el camello (4).

Conociendo ya suficientemente la naturaleza del país, hora es de que pasemos á tratar de los lugares de ruinas que contiene, pues solo así acabaremos de conocer el suelo que vamos á pisar y cuya historia nos proponemos describir. Son los lugares de los cuales ya indicamos los más importantes al trazar la historia de las excavaciones (Babel, Ur, etc., á cuyas reseñas nos referimos), y cuya descripción haremos ahora ordenada pero sucintamente. Los más antiguos de estos lugares fueron en su principio santuarios, en los cuales se tributaba culto á determinada deidad: en Eridú á Ja; en Ur al dios de la Luna, en Larsa al dios del Sol; en Nippur á Belo, etc. En el transcurso del tiempo, si bien en distintas épocas, se fueron convirtiendo casi todos ellos en centros de la mayor parte de las varias dinastías que dominaban en toda la Babilonia, hasta que por último el poder se concentró todo en Babel, que lo conservó hasta la caída del imperio babilónico (aproxim. desde 1950 hasta 539 años antes de J.C.). Gozaron, pues, á un tiempo aquellos lugares de importancia religiosa y política; pero reservándonos apreciar esta última debidamente cuando entremos de lleno en

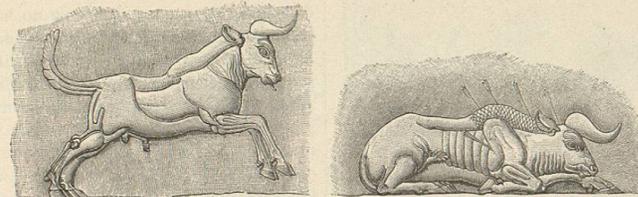
(3) J. Rawlinson, *Five great mon.*, 4.^a edición, tomo I, pág. 235, dice que la posición del ánade representada en estas pesas (con la cabeza encogida) parece aludir á la doméstica cuando está durmiendo.

(4) Con las campañas árabes de los reyes asirios (desde Teglatfalsar II, 745-728 años antes de J.C., en adelante) aparece por primera vez el camello en las inscripciones; los nombres (*gammalu*, en vez de *gamlu*, y *bakkaru*, en vez de *bakru*) tienen marcado carácter árabe.

la descripción histórica, al hacer ahora la de las ruinas daremos principal relieve á la significación religiosa, con tanto mayor motivo cuanto que nos faltará espacio en esta obra para dedicar separado y extenso estudio al desenvolvimiento de la religión en la antigua Babilonia (1). Procederemos empezando por las ruinas que tienen toda probabilidad de ser las más antiguas en orden histórico para terminar con las relativamente más modernas, y así observaremos al propio tiempo estricto orden geográfico, con excepción de la antigua Agadi, situada al extremo Norte, que será reseñada en tercer lugar en vez del último, partiendo desde el Sur, donde se han de buscar los comienzos de la cultura caldea, en dirección al Norte, ó sea en sentido inverso á la corriente del Eufrates, así como en el antiguo Egipto esta dirección es de Norte á Sur, también contraria á la del Nilo (2).

Si bien desconocemos cuándo reinaron los llamados *patisi* de Eridú (reyes sacerdotes, y acaso también príncipes

vasallos), de los cuales solo poseemos algunos pocos fragmentos de leyendas en ladrillos (3), hemos de comenzar, sin embargo, por este lugar (el babilónico *Nun-ki* ó *Uru-dugga*, de cuya última forma, por transformación y abreviatura posteriores, proviene el *Iridu* de los textos semíticos), ya que lo consideramos como el más antiguo de culto y el verdadero punto de partida de los más primitivos conceptos religiosos de los caldeos. Es también Eridú el más meridional, el más próximo al golfo Pérsico, situado en «la desembocadura de los ríos.» Sus ruinas, llamadas hoy Abu-Shahreín («Padre de las dos lunas») (?), se encuentran en la orilla izquierda del Eufrates, casi enfrente de la población árabe Suk esh-Shuytch («mercado de los jeques»), no muy lejos de Ur. La imponente ruina (véase el grabado en la descripción de Taylor en el *Journ. Roy. As. Soc.*, vol. 15, 1855, pág. 414) fué el templo del antiguo dios del agua y de la tierra Ja (pronunciase *ia*, suele ser transcrito *Ea*), el dios *Dugga* (esto es,



Toros bravos (según un bajo relieve asirio).

«el bueno»), por lo que ya en tiempo muy remoto se sobrepuso el nombre de *Uru-dugga* («ciudad de Ea») al más antiguo de *Nun-ki*, ó sea: lugar de la morada de las aguas ó del principio de las aguas originales (precisamente donde mora Ea). La ruina representa en el mencionado grabado la parte meridional del primer piso y lo que se conserva todavía del segundo (4) de uno de los templos, construidos á manera de pirámide, á que ya hicimos referencia general en las primeras páginas de esta obra, ó sea del famoso santuario de Ea en Eridú. Si bien la construcción de este templo, que en su origen tuvo tres pisos, con la escalinata de mármol, de la que aun quedan vestigios, fué terminada por uno de los reyes posteriores de Ur, Amar-Sin (como 2400 años antes de J.C.), el conjunto de la edificación se remonta á tiempos más remotos, como lo demuestran, además de las referencias religiosas históricas, los primitivos instrumentos de piedra y barro quemado que se han descubierto en otros puntos de la colina de ruinas.

(1) Véase, además de las breves consideraciones que hacemos sobre la religión en las últimas páginas del capítulo siguiente, lo que, en el dedicado á ella, decimos en nuestra obra: *Pueblos é idiomas semíticos*, tomo I, págs. 356-397.

(2) Véanse las páginas 201-246, tomo I, de mi obra citada en la nota anterior, y á la que haré repetida referencia para no dar demasiada extensión al presente capítulo; Eridú está descrita allí en las páginas 201-204. Véase asimismo F. Delitzsch: *¿Dónde estaba el Paraíso?* págs. 209-228.

(3) Si en realidad dicen estas leyendas *Ridu*, en vez de *Nun-ki*, como era de esperar, ó sea una forma abreviada de la posterior transformación Eridú, entonces pertenecían esos *patisi* á una época relativamente más moderna, con lo que concordaría también el nombre, de sonido semítico, *Iddú*, (ó neo-sum. *Ida-ginna* por *Udda-ginna*) (?). Según Smith, una de las dos inscripciones dice: «Al dios *Nin-Ridu*, á su rey, para la conservación de *Iddú*, patisis de *Ridu*, el amado siervo del dios *Nin-Ridu*.»

(4) El pináculo en forma de torre, que se ve á la derecha por encima de lo que fué escalinata, es lo único que resta todavía del segundo piso.

El mencionado dios Ea, al cual se suele designar con su nombre más antiguo *In-ki*, «señor de la tierra», y *Dugga*, «el bueno», es el punto céntrico de la más antigua fase de la religión sumérica, y á su vez el de partida de ésta es el antiguo *Nun-ki* ó Eridú, siendo éste el único lugar que se cita en los conjuros y fórmulas mágicas, así como en todos los demás textos principales del antiguo culto de los espíritus que tenían los babilonios no semíticos, mientras que en los posteriores himnos á los dioses y salmos penitenciales norte-babilónicos, redactados todavía en lengua sumérica (respectivamente en dialecto acadio ó neo-sumérico), pero ya muy semitizados, aparecen revueltos no pocos nombres de ciudades norte-babilónicas. Estos conjuros y fórmulas terminan por lo general con la misma súplica al sacerdote mago:

«¡ Al espíritu del cielo conjura!
¡ Al espíritu de la tierra (*Ea*) conjura!»

Más el único conjuro eficaz, que se emplea contra los varios espíritus malignos, hijos del espíritu del cielo, se designa constante y explícitamente con el nombre de «Conjuro de *Nun-ki*.» El hijo del espíritu de la tierra (Ea), *Murru* ó *Mirri-dug* (5), identificado después, á causa de la similitud fonética, con el babilónico *Amar-udug* (del que vino luego *Marduk*), deidad solar, y considerado siempre como mediador entre Ea y el hombre, tiene precisamente también el sobrenombre de «hijo de Nunki (ó Eridú),» y la palmera sagrada, cuya descripción en un texto mágico puede ser admitida en cierto modo como la sud-babilónica del Paraíso, aparece situa-

(5) Este es el *Silik-mulu-ghi* de Lenormant; la exactitud de *Mirri-dug*, como lo leemos nosotros, está demostrada, porque el signo *sa* (en la glosa *A-SA-ru*) tiene también el valor de *mur* (p. e. en *a-mur*, «yo ví»), mientras que el *mulu*, «hombre», de Lenormant es aquí determinante que no se pronuncia.